

## RELATO DE UN CONFINAMIENTO

**Autora: Emilia López Donoso**

No podía imaginar mientras tomaba el café de la mañana que ese día sería para mí tan diferente a los demás; jubilada desde hacía 12 años, todos los días eran iguales, dentro de una cansina rutina.

Cuando mi nieta Emma llamó a la puerta, sobre las 2,30, su hora habitual, corrí a su encuentro; para mí ese momento era un soplo de aire fresco, y esperaba mirando algunas veces al reloj para que llegara ese instante.

Su presencia le daba color a mi vida; de un gris marengo, se tornaba por momentos rosa; esperaba la hora de la comida, una costumbre que venía haciendo ya hacía unos años para poder compartir ese rato de charla, risas, y hasta a veces alguna regañina, por retrasarse demasiado, y la sopa se quedaba fría.

Cuando Emma se sentó enfrente de mí le pregunté:

— ¿Cómo te ha ido hoy en la clase de historia? Me miró fijamente con esos ojos color caramelo café con leche, que decían tanto como sus palabras.

— Abuela María, hoy la clase de historia ha sido súper interesante, y sólo ha sido la primera parte, el resto para días sucesivos. Había muchas preguntas. ¡¡Nunca me habías hablado de la pandemia!!

— Tú nunca me preguntaste. Ayer me decías que hoy veríais la Generación del 27. Yo te dije que hablaríais de mis escritores favoritos, Miguel Hernández era uno de mis preferidos. Y su Nana de la cebolla, uno de mis poemas favoritos. Si te parece termina de comer y en el postre hablaremos.

Asintió con la cabeza, haciendo que ese volcán de pelo, como espigas a punto de madurar, cayera sobre su cara, y su sonrisa de adolescente llenó de ilusión mi alma. — Te contaré todo lo que quieras, si me das tiempo para tomar un café. Y ella me dijo:

— Recogeré la mesa y así estaremos más cómodas.

— Cuando todo esto empezó a primeros del 2020, tú aun no habías nacido, tu mamá ya sabía que vendrías, para el mes de julio; lo que nunca pensábamos es que nacerías en plena pandemia. Yo estaba pasando una mala racha, debido a mi enfermedad; hacía poco tiempo que me hicieron un trasplante de médula con células madre, y mi sistema

inmune no funcionaba como debía. Cuando no tenía fiebre, tenía diarrea, y los virus se me pegaban como si mi cuerpo fuera su casa preferida.

Emma tenía una capacidad de escucha que a mí, que suelo ser habladora, me asombraba.

— Cuenta, cuenta, abuela María.

— Las primeras noticias que llegaron por los medios de comunicación, fueron de una epidemia de neumonía que estaba arrasando China, concretamente en una ciudad llamada Wuhan. Lo primero que pensé, “ya están los chinos otra vez”, sin tomármelo muy en serio. Pensé, “después, para la primavera, vendrán a visitarnos y a hacer turismo con sus cámaras de última generación y sus mascarillas para no contagiarse de resfriados, y los que nos traerán los virus serán ellos”.

Pero la cosa iba pero muy seria; la televisión no dejaba de dar noticias; el virus había salido de uno de los mercados donde se venden animales vivos, y en este caso en concreto el portador era un murciélago. Casi todos los españoles de a pie, pensábamos lo mismo, que China estaba muy lejos y que aquí no llegaría. Sin embargo, con el tiempo, no se supo su origen; el virus no entendía de fronteras ni de clases sociales.

Siempre que ocurre una tragedia de esta magnitud, si no la vives en primera persona, no se sufre tanto y se estudia como hechos que acontecieron, pero nada más.

Emma escuchaba y asentía haciéndome de vez en cuando alguna pregunta interesante.

Bebí un poco de agua, mientras Emma decía:

— Abuelita no te pares que es muy interesante, y no me quiero perder nada.

Le contesté con una sonrisa y ella me respondió con un sonoro beso de gracias.

— Las primeras noticias que nos llegaron, fueron que el virus había hecho escala en Italia y que estaba haciendo estragos. Pero los españoles somos un poco reacios para creernos las noticias hasta que no las vemos, y las autoridades seguían sin tomar medidas: aeropuertos y fronteras abiertos, pensando en el capital que se perdería si no dejábamos entrar al turismo.

Con casi 60.000 casos y más de 5.000 muertos, Italia fue uno de los países primeros en sufrir esta tragedia, en la región del Veneto concretamente, en un pueblo llamado Vo' Euganeo; pocos imaginaban que este precioso pueblo se convertiría en pocas semanas en uno de los epicentros de la pandemia en Italia.

Después le toco a España; fue en La Gomera donde se produjo el primer caso leve. A un turista alemán, ingresado en el hospital, le detectaron coronavirus. Él mismo dijo que tuvo contactos en Alemania con algún enfermo de covid19; fue dado de alta a los pocos días tras dar negativo en la enfermedad.

Pero nosotros, los españoles de a pie, seguíamos como si esto no fuera con nosotros, y la verdad es que estábamos a punto de empezar a caer; nos faltaba información de la magnitud de la tragedia que se avecinaba.

— Qué duro es esto que me estás contando, abuela María.

— Esto no ha hecho nada más que empezar, querida Emma, lo peor está por llegar. Yo empiezo a estar cansada, si te parece bien seguimos mañana; lo prepararé bien para no omitir detalles.— Me quedé mirándola y vi una lágrima atrevida que asomaba a sus ojos.

— No quiero que llores ni te apenes por esto. Es nuestra historia; fue muy triste pero cada país tiene la suya y volveremos a reír e ilusionarnos, ya te contaré. Tu madre te estará esperando, dile que tuvimos clases particulares, y mañana a la misma hora volveremos a empezar.

La acompañé a la puerta, la besé como siempre hacía. Ella me devolvió el saludo, dulce como un terrón de azúcar.

¡Cómo conseguiría yo transmitirle lo mal que lo habíamos pasado sin herir su sensibilidad y que lo viera como algo que sucedió y formaba parte de nuestra historia!

Al día siguiente todo fue pasando como el anterior. Cuando llegó Emma con su cariño habitual me saludó al tiempo que preguntaba:

— ¿Has descansado abuela María?

— Sí, hoy dormí bastante bien—. Con la mente descansada cogí fuerzas para continuar mi relato

— La comida está preparada, podemos pasar al comedor y después empezaremos sin preámbulos para que nos dé tiempo.

Como te iba diciendo, la pandemia se afincó en Italia. Allí hizo estragos, las autoridades tomaron las medidas necesarias pero llegó a Milán, a Lombardía y a Génova. Confinaron el primer pueblo donde aparecieron los primeros casos; no se podía entrar ni salir, y los habitantes permanecían en sus casas con todas las precauciones.

Pasaron unos días, no más de una semana, cuando el presidente del Gobierno habló en una rueda de prensa; nos informó sin crear miedo de que los primeros casos de coronavirus habían entrado a España, concretamente en Aragón se había detectado un

brote; habían hecho analíticas, y se creía que entre los temporeros que vienen a coger fruta se había detectado algún caso; los habían aislado para que no se propagase el virus.

Durante este tiempo yo pasé por un carrusel de emociones; sentimientos de miedo y angustia eran mis compañeros de viaje. Ya me había acostumbrado a vivir con la espada de Damocles de mi enfermedad, y ahora vino esto. Me costaba dormir, relajarme, perdí el apetito, y la ansiedad de esta situación me generaba mucho estrés.

No salía a la calle, o sólo lo imprescindible, escuchaba la radio, la televisión, música, a veces leía, tratando de controlar mis emociones; pero por mucho que intentaba, no podía concentrarme en nada que no fuera lo que estaba pasando...

...Emma, ¿qué tal? No me preguntas ni me dices nada—, le dije con una sonrisa tratando de quitar hierro al asunto.

— Abuela María, todo esto me parece tan fuerte e interesante que no se podrá dar en una clase de historia. Ese realismo que tú le pones sería muy difícil de transmitir por alguien que no lo haya vivido.

— ¡Qué linda eres, y qué bueno fue el Señor por hacer que te pudiera conocer en el mes de julio cuando naciste y tener esta experiencia de transmitirte todo aquello que más que una pandemia parecía una guerra!

A primeros de Marzo, el día 11, si la memoria no falla, el presidente de la Comunidad y la alcaldesa de la ciudad de Toledo comunicaron una noticia, que se publicó en todos los medios, y que consistía en que todos los colegios, guarderías, escuelas infantiles e institutos de la ciudad permanecerían cerrados hasta nueva orden.

Todo esto avanzaba de una forma asombrosa. El primer fallecimiento ocurría en Valencia el 13 de febrero, dato conocido 20 días después.

El 15 de Marzo, el presidente del Gobierno decretó el estado de alarma hasta el 21 de Junio; un total de 98 días en cuarentena.

— ¿No podíais salir de casa?

— Efectivamente, eso es la cuarentena. Por esta fecha ya había 102 casos infectados y 31 fallecidos. Algunos se recuperaban pero despacio; la economía se hundió y muchas personas se quedaron sin trabajo, ni dinero para poder comprar.

El Gobierno dentro de lo que podía hacer ante esta situación tan dura, decretó unas ayudas que se llamaban ERTES, para que pudieran recibir alguna ayuda económica hasta que pudieran activarse los restaurantes, bares, comercios y demás actividades.

Nos cambió la vida totalmente. Las familias no podíamos visitarnos, no se podían celebrar cumpleaños ni cualquier acontecimiento que recordara un bonito momento.

— ¿Y los hijos no podían visitar a sus padres?

— Sólo por los balcones nos saludábamos, y como era primavera, algunas personas hablábamos ratos de media hora comunicándonos por las ventanas, o simplemente mirándonos. También pusimos de moda las videoconferencias. ¡Benditos móviles, que permitían vernos las caras!

Los papás que tenían niños pequeños jugaban con ellos por los pasillos, otros habilitaban alguna habitación para transformarla en sala de juegos. Otras personas compraron mucha harina y otros papel higiénico. Todo esto que te digo parece anecdótico pero ríete que fue así. Los carros de los supermercados iban a tope de comida por si al día siguiente no podías volver. Yo no salía nunca por ser personal de riesgo; no me dejaba ni tu mamá ni el abu. Hacía algún bizcocho y cuando tu madre venía a verme se lo daba por el balcón sujeto con unas cuerdas—. A Emma se le volvía a iluminar la cara con una sonora carcajada, haciendo que yo la acompañara. —Es peor contarle que pasarlo; el ser humano tiene capacidad para adaptarse a todas las circunstancias por muy adversas que sean.

— Abuela, y para ir al médico, ¿cómo hacíais? ¿Los médicos y las enfermeras no salían de los centros de salud?

— Si te ponías enfermo, hacías una llamada y a los pocos días, si había suerte, ellos te devolvían la llamada. Contabas tu caso y ellos trataban de ayudarte o te mandaban a su centro y te hacían una PCR, y a esperar a que saliera el resultado; y según fuera, así se tomaban las medidas oportunas. Para el personal sanitario también fue muy difícil, algunos sufrieron mucho y otros perdieron la vida contagiados por el virus.

Me quedé mirando a Emma y la vi otra vez con lágrimas en los ojos. Le dije:

— Si te parece bien, lo aplazamos para continuar en otro momento, aún tengo muchas cosas más que contarte. Después de que tú nacieras, tuvimos un tiempo de descanso; ese verano nos dio tiempo a pensar en lo bueno, vi a los niños felices, seguros como nunca lo habían hecho, disfrutando de su familia. Tuvimos más tiempo para compartir, cocinar, hacer pan y escuchar. Aunque el virus no se fue y ese invierno fue muy duro, sin duda ese fue el año de la esperanza y la fortaleza.